VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Abril 17 de 1898	Núm. 40

Director y Redactor	Secretario de Redacción:	Administrador
RAFAEL J. FOSALBA	Eduardo Gandolfo Dirección y Administración: Convención 82	**JOSÉ VIDAL**

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS

AIDA VIAÑA

(Fotografía de Chute y Brooks)

SUMARIO

TEXTO—Cambio de local.—CASTO ARDOR por Francisco García.—NIÑAS Y FLORES, poesía por Carolina Valencia.—LA JUSTICIA, por L. A. Ponce de León.—MIRAJE, poesía por Julio Herrera y Reissig.—LLOVÍA... por Indiscreto.—Sonetos: VORREI MORIRE, por Juana Borrero, y SIEMPRE Á ELLA, por Carlos Roxlo.—LA HIPÉRBOLE DEL ARTE: NERÓN, estudio histórico, literario y filosófico por Francisco Caraciolo Aratta.—SÍMILES, poesía por Juan Cárlos Menendez.—CAPRICE, por Antonio Emilio Rodriguez.—AYER Y HOY, poesía por Vicente Magallanes.—EN EL HOGAR, por Américo S. Mancebo.—CREPUSCULAR, poesía por Edmundo F. Bianchi.—EL PRIMER SUSTO, por Nicanor Bolet Peraza.—CANTOS DE LA TARDE, poesía por Francisco C. Aratta.—19 DE ABRIL, por Eduardo Lopez Lavandera.—RECUERDO TRISTE, soneto por Raul Fresoir.—VIEJOS LÁBIOS Y JÓVENES BESOS, por Catulo Méndes (traducción).—ESFUMOS, poesía por Werther.—SANTIAGO BARCO, por Pontsevrez (continuación).

GRABADOS — Galería de bellezas montevideanas: AIDA VIAÑA, fotografía de Chute y Brooks, grabado de Jacobo Peuser, de Buenos Aires.

CAMBIO DE LOCAL

Participamos á nuestros colaboradores, agentes y suscriptores que la Redacción y Administración de esta Revista han quedado definitivamente instaladas en su antiguo local de la calle Convención núm. 82.

CASTO ARDOR

A JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Apareció fria é indiferente en su desnudez suprema, en su cínica despreocupación, toda ergida y magestuosa, envuelta en las ondas de luz que arrancaban de sus caderas líneas brillantes como si sus contornos los hubiera coloreado de argento. De la cabellera leonada, de ese rubio que simula flameo de volcanes, que hace creer en la pasión y hasta en la sensualidad, pendian gotas de agua que oscilaban un momento y después de deslizarse voluptuosamente por las curvas admirables de sus piernas, caian al suelo formando un rastro perfumado.

En el espejo de cuadro modelado, su figura se copiaba amorosamente, y en la silla de damazco azul, reposaban, el tocador de fina batista rodeado de encajes, la camisa de seda, arrugada, las medias largas prontas á ceñir sus redondeces, y en el suelo, calentitos y pequeñuelos, los zapatitos de razo, provocadores en su tamaño, denunciaban al pié, pié torneado y delgadito que ahuecaba la brillante tela con mohines de comodidad, mientras revoltosas, serpenteando entre dos libros que habian esparramado sus hojas, las ligas anchas y blancas, en cuyo broche se abria un lazo minucioso y coquetón.

La alcoba era casi nido, un ambiente de virgen mezclaba su perfume al del pebetero de bronce esculpido; en sus colgaduras, la cama revelaba toda inocencia; y en el tocador, sobre el mármol negro, entre los mil objetos de nácar quemado, de obscuro carey; entre los programas de conciertos y los periódicos de salones; entre los botes de carmín y las cajas de polvos, los cepillos de mangos de plata y los ramos de violetas muertas, cuadrado estuche de oro cuya tapa burilada estaba abierta, mostraba finísimo [illegible]mo rodeado de jeringuillas, de imperceptibles agujas, que habian mordido cariñosamente más de una vez los brazos satinados de Sibila, la niña de cabellos rojos y ojos de topacio, que desnuda completamente comenzaba su tocado aquella noche tibia de primavera.

Con los brazos sacudió su cabellera que al herirla la luz, chispeó como si el fuego de su color reverberara con el movimiento, y ya ante el espejo que la copiaba amorosamente, comenzó á secar su piel fina cual rosácea seda haciendo desaparecer de cada poro la gota que fingía una perla y cobrar la tersura á la piel antes húmeda.

De continuo alzaba el pecho sus dombos de alabastro, coloreados en la cima con celajes de rosa, cuyos círculos se ensanchaban hasta redondear la base; la línea seguia ondulante, combando en la cadera que se alzaba altiva y prepotente, bajaba suave y disminuyendo hasta la pierna, estrechaba en forma de anillo cerca del pié sonrosado, cuyas uñas parecian camafeos de carmin.

Sibila se miró al espejo, se vió mujer terminada con sus encantos, atrevidamente provocadora, sonrió á sus brazos suaves y blancos, á sus senos erectos y duros, y satisfecha de sus dieciseis años, pensó en las promesas que el Amor le reservaba, sus pasiones siempre sofocadas por el frio glacial de su temperamento de rubia; recordó que al iniciarla sus compañeras de convento en los ritos del amor, sintió deseos de llorar, que le daban repugnancia las ardientes palabras de algún galan, y pensó que el goce de la materia es inútil, hastiadísimo y bestial ante el vicio sublime de la morfina, compañera fiel del desesperado, ante el opio que envenena sonriendo, y dos lágrimas brotaron de sus ojos rasgados á la egipcia que simbolizaban misterios de esfinjes y presentimientos de pitonisas, y apoyando la frente sobre el espejo, estrechó su cuerpo abrasador al cristal helado é impasible y adoró sus formas mórbidas como gruesos pétalos de una gardenia de carne.

Amaba. Un momento de pasión la habia enardecido, su efigie le daba fiebre, se habia sentido amorosa ante su carne, palpitó ante sus encantos, quemó la sangre su cútis, y un cerco de hierro ciñó sus sienes, y mientras jadeante suspiraba, zumbándole los oidos con un ruido tenaz, fueron doblándoseles los miembros hasta que rodó sin sentido... y en tanto la luz heria las hebillas de plata de las ligas que serpenteaban entre dos libros que al caer habian esparramado sus hojas!...

FRANCISCO GARCÍA.

Abril de 1898.

NIÑAS Y FLORES

(INÉDITA)

Llegaron las de Marzo frescas mañanas
con su manto de lirios y de jazmines,
se alzaron las bullentes auras tempranas,
trinaron en parejas los colorines.
Ya el fecundante Apolo tiende su mano,
que por doquiera vierte nubes de aromas;
ya desde las floridas abruptas lomas
que corona el silvestre tomillo enano
y alegran con su arrullo blancas palomas,
en su ardiente cuadriga lánzase ufano,
dorando con sus besos flores y pomas
mientras en lluvia de oro desciende al llano.

La que ayer como Reina de los dolores
recibiera de llanto triste tributo,
es ya Madre gloriosa de pecadores
que, olvidado el severo manto de luto,
nos brinda sonriendo santos amores;
ya sus aras semejan tronos de flores
de corazones puros cándida ofrenda;
y hermosa como el rayo de una esperanza,
es su mirada el iris de bienandanza,
de dicha perdurable mística prenda.

Ya las de quince abriles, niñas hermosas,
del edén de la vida tiernos capullos,
la frente nacarada ciñen de rosas
de la ilusión mecidas por los arrullos;
ya felices é inquietas, cual mariposas
que enamoradas viven en los rosales,
se aduermen con los ténues, vagos suspiros,
de amores, que palpitan entre los giros
de las traidoras auras primaverales...

Bello es el jóven Marzo, rico en primores,
rebosando perfumes, luz y harmonía,
con su airosa y fragante veste de flores,
con orquesta de alondras y ruiseñores
que á la aurora celebran rústica orgía
en el bosque, en el valle y en los alcores.
Bello es el rayo de oro que enciende el dia,
inundando la tierra con sus fulgores,
y en cuyas ondas de ámbar y de ambrosía
gozando de su breve loca alegría,
se bañan los insectos multicolores
que embriagados de aroma dejan la umbría.

Bella y dulce es la vida cuando amanece
henchida de deseos y de ilusiones;
bello y grato es el mundo cuando se ofrece
como plantel florido de bendiciones.
Dulce es oir los ecos que alza la lira
preludiando á deshora tiernas canciones,
y mientras el amante canta y suspira,
ver huir con el ténue rayo de luna
la túnica de seda que se retira
del parque entre la amiga sombra oportuna.

¡Juventud! Primavera fértil y hermosa,
del erial de la vida puerta dorada,
paloma que inocente buscas ansiosa
del amor la escondida selva encantada:
no aventures tus alas en el vacío;
detén el raudo vuelo, porqué ¡ay del ave
que, extraviada en la senda del soto umbrío,
al nido en que naciera volver no sabe!
¡Ay de la flor besada por el estío!
Y ¡ay de la nave
que se expone á la fúria del mar bravío!

Niñas de quince abriles, flores tempranas,
que hoy venis á la vida cual mariposas
mecidas en las suaves auras livianas,
reposando en fragante lecho de rosas;
abrid enhorabuena vuestras ventanas
del sol á los primeros castos albores,
y porqué Ella os inspire santos amores
llevad con el rocío de las mañanas,
á los piés de la Virgen cándidas flores;
vagad por la espesura del soto umbrío,
gozad el fresco ambiente de la floresta
cuando el ave suspende su alegre pio
y el céfiro en las ramas duerme la siesta.

Más temed que Cupido con sus traiciones,
oculto entre los mirtos y los rosales,
os aduerma y embriague con las canciones
de las pérfidas auras primaverales;
no dejeis que sorprenda vuestro descuido
del crepúsculo vago sombra importuna;
no aguardeis que la alondra torne á su nido,
ni descendais al parque cuando la luna
á Endimión en las selvas busca dormido.

CAROLINA VALENCIA.

Lima, Marzo 19 de 1898.

LA JUSTICIA

Escribía Claudio bajo la impresión de una sentencia injusta:

«Jóven y hermosa, la balanza á fiel, enhiesta la espada y una venda sobre los ojos; la Justicia.... ¡Bonita alegoría! ¿Qué indican tales atributos? La balanza.... dar lo que pertenece á cada uno, sin que le falte ni le sobre. La espada.... castigar al culpable en sus hechos punibles. La venda.... no ver á quien se otorga la razón. Digna es de que le cante el sublime iluso de todos los tiempos, el poeta. Sir [illegible], miran-

do al cielo, la creó en esa forma; no pensaría en las pasiones humanas.

«Antes que la Justicia está la ley, fácil á interpretaciones distintas; y en primer término el juzgador; el hombre que resuelve «á ojos abiertos»... ¿Qué importa la balanza? El comercio la utiliza para dar lo que compra y paga cada cual. La espada.... ¡saltemos por encima de ella! El vendaje.... ¡debiera no existir! Á través de él obligase á la jóven á ver y distinguir las cosas tal como el deseo quiere....

«¡Ah! Si la moral no gira en derredor de la Justicia, defendiéndola, será, dócil á la intriga, que la conduce, á sabiendas, por el camino ámplio de las especulaciones.... ¡No preguntemos por qué no llora ni viste de luto en memoria de su amiga ausente!

«El hombre, que vé desatendidos sus derechos, ó bien, obstaculizados por influencias ilegítimas, no será fiel, moralmente, á sus deberes. Si el derecho no encuentra firmes garantías que lo sostengan, el deber, falto de estímulo, responderá obligado, por fuerza; nunca espontáneo y libre. No habiendo equidad en los principios, ¿cómo pueden corresponder unos á otros, sinó en sentido opuesto á las sanas doctrinas?

«Cuando la Justicia, astro ideal de las conciencias, aparece envuelta entre las nubes de la malicia astuta, la sociedad, lejos de la luz, quedará en la noche de los vicios. Es de tarde, y el sol alumbra entre lijeras pardas....»

Tocó el sueño á los párpados del jóven escritor y le dejó dormido sobre las cuartillas escritas. ¡Ojalá que no hubiese despertado nunca! El Ángel de la Guarda, en figura de un gallardo mancebo apareció, diciéndole.

--Sé lo que meditas.

--¡No puedo resolver el problema!

--Deja eso.

--¡Ah!.... Dime ¿que es la Justicia?

--La conocerás.

--¿En dónde?

--Lejos de aqui; te llevaré....

--Vamos.

Y emprendieron viaje en un aéreo carro tirado por dos águilas blancas. Llegaron á la cima de «Los Ideales». Un hermoso templo se ofreció á sus ojos.

La Idea descendió, por breves instantes, á la oprimida pátria.

Un pueblo débil é impotente que pordiosea sus libertades, y se le azota y envilece ante la razón y la justicia para escarnio y vergüenza de ellas. ¡La lucha del buitre con la inofensiva tórtola! Allí, encarcelados los pequeños ladrones, cuyo oficio no les produjo para comprar una levita; y los grandes, en libertad, sueltos, envidiados de muchos, despreciando con altanería á los hombres de bien, como si dijeran:--«Haced lo que nosotros»--Allá, una compacta muchedumbre de rodillas, atenta á un hombre, que desde lo alto, con ademanes místicos, nombra y defiende á la que no conoce; á la Moral. Y unos tras otros salen satisfechos.... ¡tropezando! Allí, la Prensa, amordazada, en estrecho círculo. Se le teme, porqué es la que refiere los desaciertos, las inmoralidades, las injusticias....

Una agraciada jóven, de cabellera blonda y ojos claros, vestida con túnica blanca, salió á recibir á los viajeros.

--¡Adelante!

--¡Encantadora virgen!... ¿Quién es?--preguntó Claudio en secreto.

--La Moral.

--¡Ah! He oido nombrarla.

Nada habia en el templo que no fuese digno de admiración y de elogios. La augusta Diosa, con traje de púrpura, ocupaba un suntuoso trono. La custodiaban dos sacerdotizas ataviadas como la Moral, con albas túnicas. Otra jóven, robusta, de ojos negros, con manto tricolor, permanecía de pié, atenta á la Soberana.

Detrás de una columna preguntó Claudio al ángel.

--¿Quién es la del trono?

--La Justicia.

--¿Y la dos que la custodian?

--La Verdad y la Razón.

--¡Oh bien! ¿Y aquella tan hermosa?

--La Libertad.

--No comprendo... ¡Por allá es tan diferente la Justicia!

--Una parodia.

--¿No recuerdas?... La representan con los ojos vendados.

--¡Para que no vea lo que pasa!

--Puede ser... ¿Y la espada que ostenta?

--Símbolo de amenaza; para herir á los que no pueden pagarle sus favores.

--Lo que no me explico es la balanza.

--Un regalo de Mercurio...

Claudio, ante la Diosa, se postró de hinojos. La Libertad lo reconvino diciéndole:

--¡Levanta! Aquí no se pide de rodillas!

--¡Gracias!--exclamó él--la costumbre...

El ángel pronunció, en defensa de Claudio, un discurso elocuente. La Justicia, mirando al jóven, con lástima, respondió:

--El país á que perteneces no está bajo mis dominios. Allí, donde la Moral es sustituida por la Hipocresía; la Verdad y la Razón postergadas á mezquinos influjos, y la Libertad opresa y sin prestigio, no puedo yo imperar.

--¡Haced que se restablezca vuestro imperio!...

--¿Y con qué hombres?

--Con los que sepan interpretar nuestros elevados principios.

Inspirada la Diosa en sus sacerdotisas fieles, indicó:

--Pues bien; vuelve á tu pátria; y cuando necesites de mí, búscame en la Opinión Pública; allí me encontrarás con todas las virtudes que me rodean...

Claudio despertó en momentos que un muchacho pasaba por la calle gritando:

--¡Leche!

Habia amanecido.

L. A. PONCE DE LEON.

Marzo de 1888.

MIRAJE

Muere la tarde... Copos de llamas
forman las nubes puestas en coro...
Velos carmíneos, vivas soflamas,
sangre del cielo;-- mil oriflamas,
cráteres rojos que vierten oro!

Muere la tarde... ¡qué poesía
ostenta el cielo, lleno de galas!
La luz, imágen de la alegria,
tiene explendores en su agonía
y ave que muere, tiende sus alas!

El sol se ha puesto .. Dalia dorada
que se ha dormido sobre topacios...
Seno gigante de ninfa alada,
flor de los cielos, nunca agostada,
ígnea pupila de los espacios!

Nacen las sombras de ignotos nidos
y cual blandones de inmensa fosa
brillan los astros estremecidos,
y son diamantes allí prendidos
á los cabellos de alguna diosa!

Blancos cendales de ténue bruma
ciñen del monte los verdes flancos
y son suspiros de casta espuma,
nube perlada que el aire ahuma,
vapor nacido de besos blancos!

Tiemblan los lirios como si heridos
buscasen vendas entre las hojas;
¡niños que sueñan medio dormidos,
besos que rien estremecidos
en los contornos de bocas rojas!

Harpa de llanto, fiera aulladora,
semeja el bosque que se lamenta...
Lira de trueno, boca que llora,
ola gigante, murmuradora,
que espulsa un himno cuando revienta!

Ya todo duerme, y es la cuchilla
el seno hinchado de la natura,
lecho ofrecido por la gramilla
al cardo agreste y á la flechilla
que van subiendo de la llanura!

Y esos insectos, esos chispeos
que van surgiendo de los juncales
son cual fantáscos chisporroteos
de los ensueños—de los deseos
de mil perfumes primaverales!

Son cual luceros que desprendidos
de gasas de oro de mil corolas,
semejan besos entretejidos
en alas negras que tienen nidos
entre esmeraldas que forman olas!

Una serpiente de nácar bello
parece el rio que el astro argenta,
brazo de espuma que es un destello,
de albino cisne, lústrico cuello
que entre las frondas regio se ostenta!

Y el cerro escueto que se levanta
como atalaya que al llano asombra,
cíclope negro de regia planta
con su pupila que se agiganta
cuando batalla contra la sombra!

Que es el girante faro, en la cima,
cuando á intérvalos su luz difunde
buque incendiado que se aproxima...
más una oleada le salta encima
y en boca negra rápido lo hunde!

Surge la luna como de un nido
de auroras blancas como alabastro,
como la Venus de un mar dormido,
como un ensueño de amor florido
que tiene un ala prendida á un astro!

Y en la espesura nace un paisaje
todo estrellado de nieve alada
que mueve el viento sobre el ramaje
como las blondas de un albo traje
que en sus jardines luciera un Hada!

Muestra á la sombra de los barrancos
el espinillo su aguda zarpa
y de la loma sobre los flancos
llora el arroyo de rizos blancos
cual plañidera tocando un arpa.

Las altas copas se balancean
como columpios de alegres nidos
parecen naves que el aire ondean,
pájaros verdes que se recrean
sobre los pastos humedecidos.

Y el avispero, bebiendo aroma
—pues las corolas le dán su aliento,—
es algo blanco que allí se asoma
como el alaje de una paloma
que escucha inmóvil gemir el viento.

Las brisas silban una sonata,
llegan los ecos de alada orquesta
y cual bandera sutil de plata
flota una nube que se desata
cruzando un cielo que está de fiesta.

Todo nos habla con la ternura
de una mejilla que se arrebola...
Todo nos mira con la dulzura
de una esperanza que se abre pura
como los lábios de una amapola.

Alas que danzan,—notas de ensueños,
vagos acordes,—risas ufanas,
fluyen del aire... Semejan sueños
de esos amores que son risueños
como los nidos en las mañanas!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, Abril de 1898.

LLOVÍA...

Llovía, con lluvia pertinaz y delgada, desprendida de un cielo gris claro, *emporcachando* las calles, empapando á los transeuntes é impidiendo la salida á los que, no teniendo urgencia ninguna, miraban á través de los vidrios aquel tiempo infernal.

—¿Sales?--preguntó Edgardo, viendo que ella se arreglaba los rizos de la frente, ante el espejo veneciano de una consola.

—Sí,--contestó Elsa, terminando su tocado y dirigiéndose á la puerta.

--Bien podias dejarlo para otra vez--añadió él, doblando el periódico y poniéndolo sobre el asiento que acababa de abandonar; y cómo ella no se detuviera, avanzando despacio pero sin detenerse

—¿Qué es por fin, lo que te requiere tan urgentemente?--dijo él siguiéndola.

—¿Qué?...--respondió ella indecisa, deteniéndose en el umbral y volviendo ligeramente la cabeza con aire de aburrimiento.

El la besó en la mejilla.

--Mira, no salgas, espera á que el tiempo se componga y saldremos juntos ¿quieres?-- La mimaba con sus miradas tiernas y las dulces inflexiones de la voz. Le habia rodeado el talle con sus brazos y procuraba atraerla.

Ella le rechazó suavemente y arreglándose la falda, contestó después de un minuto:

--Es que.... estoy comprometida.... una obra de caridad, ya sabes.... los pobres....

Y hablando asi salió de la habitación.

Sintió Edgardo algo asi como de abandono en su rededor, como si estuviera solo por completo. Dirigióse al balcón y miró á su mujer que rápidamente cruzaba la calle cubriéndose con su paraguas de seda. La vió tan elegante, tan jóven, con un aire tal de personita séria y aristocrática, que no volveria la cabeza por nada, aunque á su espalda estallara una bomba de dinamita.

Y sin saber por qué, no sintió satisfacción con ello, sinó que aumentó su descontento y malestar, obligándole á recorrer las habitaciones, aburrido, distraido, tocándolo todo maquinalmente, buscando lo inesperado, lo que no conocia, pero que estaba presintiendo con dolorosa sugestión que le dominaba por completo.

Llegó al *boudoir* y allí, el aroma de todos los objetos que le rodeaban, la atmósfera caliente de un nido recién abandonado, la vista de las desordenadas prendas de ropa blanca, dejadas esparcidas con la precipitación de la marcha, le oprimieron el pecho. De pié, en medio de la habitación, paseaba la vista por todos lados, cuando tropezaron sus ojos con un papel tirado en la alfombra, y medio envuelto entre los pliegues de un camisolin color de rosa, arrojado cerca de un tocador sobre la alfombra escarlata. Lo levantó y lo examinó atentamente sin abrirlo. Olia deliciosamente con el perfume indefinible de ella, y sus arrugas probaban que habia sido guardado en lugar *comprimido*. De pronto se le ocurrió ¿lo traeria élla en el seno, y cayó al desprenderse la camisola? Edgardo estaba pálido y nervioso, cuando acercándose á la luz indecisa que penetraba por la ventana, leyó temblando:

Ven sin falta. Te espero con ánsia. Estaremos seguros y tranquilos y nadie interrumpirá nuestras caricias. Te ama con delirio.

Pepe.

Ni una exclamación, ni un grito, ni una protesta, ante la brutal revelación de aquella infamia,--de su desdicha enorme. Fuése al escritorio, trazó: *Te perdono.* al pié del perfumado é infame billetito, y regresó al *boudoir*,--al perfumado y tibio nido abandonado,--entre los objetos revueltos y las ropas calientes aún, esparcidas por el suelo....

Llovia, llovia siempre, y cuando cansado y pensativo subia perezosamente las escaleras la bella Elsa, el cielo gris y lloroso le impregnó de una tristeza horrible, como si pesara sobre ella. Llegó al *boudoir* y dió un grito sordo, apenas articulado. En medio, sobre el pavimento de escarlata, en un inmenso lago también de escarlata, yacia Edgardo con la cabeza destrozada, la diestra crispada manteniendo aún un revólver y los ojos vidriosos, verdes y fijos, vueltos hácia élla.

Y llovia, llovia en delgados hilos desprendidos de un cielo gris....

INDISCRETO.

Montevideo, Abril 16 de 1899.

SONETOS

VORREI MORIR

Quiero morir cuando al nacer la aurora
su clara lumbre sobre el mundo vierte,
cuando por vez postrera me despierte
la caricia del Sol abrasadora.

Quiero, al finalizar mi última hora,
cuando me invada el hielo de la muerte,
sentir que se doblega el cuerpo inerte
inundado de luz deslumbradora.

Morir entónces! Cuando el Sol naciente
con su fecundo resplandor ahuyente
de la fúnebre noche la tristeza;

Cuando radiante de hermosura y vida,
al cerrarme los ojos, me despida
con un grito de amor Naturaleza!

JUANA BORRERO.
(Cubana).

SIEMPRE PARA ELLA

Á JUANA BORRERO.

Yo no quiero morir cuando la aurora
tiña de azul los pórticos del día,
y se filtre en los huecos de la umbria
la claridad del sol abrasadora;

Yo no quiero al llegar mi última hora,
entre el frio sudor de la agonía,
que dore el mármol de la frente mía
la luz que el hielo de las sombras dora.

Quiero morir sintiendo en mi mejilla
el raso de la tez de mi adorada,
de mi gentil princesa sin mancilla,-

Para que al sepultarse mis despojos,
un rayo de la luz de su mirada
azule las tinieblas de mis ojos!

CARLOS ROXLO.

Montevideo, Abril de 1898.

LA HIPERBOLE DEL ARTE

NERÓN

ESTUDIO HISTÓRICO-FILOSÓFICO-LITERARIO

(Continuación)

Luego pidió un colchón y le dieron un poco de paja húmeda como á una béstia, y le ofrecieron para esconderse una cueva de piedra que rehusó diciendo que «no queria enterrarse vivo»; á él, que poseia un palacio espléndido llamado «casa de oro», en cuyo vestíbulo habia una estátua de mármol con la figura del emperador de ciento veinte piés de alto; cuyos pórticos artesonados tenian tres hileras de columnas; con un lago de cristalinas aguas imitando el mar y rodeado de edificios para dar idea de una gran ciudad; con vastas esplanadas y campos de trigo y viñedos frondosos y bosques poblados de rebaños y montes donde se ocultaban fieras de todas clases; cuyo interior era todo ornado y las paredes estucadas de pedrerias riquísimas, de nácar y perlas, como un trasunto de los palacios encantados de las mil y una noches; pero lo que jamás soñaron los sultanes orientales, eran los comedores formados de entabladas tabletas de marfil y de oro y de cuyas aberturas en momentos dados se escapaban sobre los comensales una lluvia de olientes perfumes y de fragantes rosas; y refiere Suetonio que la más hermosa de las salas era redonda y giraba noche y dia para imitar el movimiento circular del mundo; por lo que puedo colegir, que antes de Galileo se tenia idea del movimiento de la tierra y que el célebre «e pur si muove!» podia haberse pronunciado hace diez y ocho siglos.

Aterrado, como el lobo que yendo por un camino sin objeto alguno se encuentra sujeto de pronto, por una mano de hierro, prisionero de una trampa escondida, así se hallaba Nerón en el refugio efímero de la casa de su liberto, en las vias Salasia y Nomentana.

Previendo que pronto llegarían soldados romanos á prenderle ó matarle, para huir á esa ignominia le instaban todos á que se matase y mientras mandó abrir una fosa á la medida de su cuerpo, repetia sin cesar: Qué muerte para tan grande artista! Qué muerte!... De repente le llega una carta de Facu, donde le dice que el Senado lo ha declarado enemigo de la Pátria y lo buscaba para castigarlo según la ley antigua; preguntó en qué consistia el suplicio y le dijeron que desnudaban al criminal y le sujetaban atravesándole el cuello con una hoz y le azotaban hasta la muerte. Al oir esto tembló de piés á cabeza como tiembla el árbol herido por el rayo, se encresparon sus blondos cabellos, sus ojos de un color azul sajon espresaron el espanto más hondo, y tomando dos puñales probó las puntas con el dedo como para darse muerte, pero los envainó de nuevo, diciendo:--Aún no ha llegado la hora fatal!... A su exclavo Esporo le decia que se lamentara y llorara por la pérdida de su amo y pedia que alguno se matase para infundirle el valor que le faltaba. En esa hora suprema se censuraba él mismo diciendo:--«Arrastro una vida vergonzosa y miserable», y añadia en griego, como indignado:--«Esto no es propio; en tales momentos es necesario decidirse; vamos, Nerón, despierta!»

Queria azuzarse él mismo con estos gritos haciendo como el oficial que temblando lleva á sus soldados al asalto, blandiendo la espada, gritándoles: adelante! coraje! necesitando él todo el valor que infunde á sus compañeros.

Pero el momento era inminente; ya oia el galopar de los corceles romanos, cuyos gi-

netes tenian órden de cogerlo vivo, y recitó en tono trágico el verso griego:

Oigo el paso de valerosos corceles

Y desenvainando un puñal mientras los ginetes invadian la casa, se clava el hierro en la garganta, exclamando entre los estertores de una agonia espantosa: «Qualis artifex pereo!» Qué gran artista pierde el mundo!...

Al relatar el suicidio del tirano, dice el crítico Antonio Peña y Goño; gran artista! ni uno solo de los divinos resplandores del arte ha logrado iluminar el sepulcro del mónstruo! Pero, Latours de Saint Ibars, más justo que Goñi, esclama estas frases que en el presente estudio hacemos nuestras: «Nosotros debemos preguntarnos: si no hay al lado de tantos crímenes, un pretesto de induljencia para el hombre que estimaba su talento más que su dignidad, por el actor que queria mejor divertir á su pueblo que servirlo, por el príncipe que lloraba, muriendo más pronto su arte, que su imperio.»

Así vivió el gran tirano, así conquistó laureles en los triunfos artísticos, así se hizo un modelo de príncipes envidiado por Trajano; así salió al pináculo de la gloria; se ensoberbeció; así fué criminal, incestuoso, parricida, avaro, lujurioso, así murió llorando el arte para el que estinguia para siempre en un grito de dolor supremo!....

(Continuará).

FRANCISCO C. ARATTA.

SÍMILES

Como tiñe del éter el zafiro,
con matices de púrpura, la aurora,
el virginal pudor así colora
al níveo rostro con que yo deliro.

Como escintila en el azul inmenso,
cucujo de oro, la brillante estrella,
titila su alma, candorosa y bella,
del puro ensueño, en el azul intenso.

Como castas y dulces desposadas,
que trajes visten de luciente armiño,
en los blancos cendales del cariño
viven su alma y mi alma cobijadas.

Como van, por escala de ilusiones,
sensibles almas á la régia altura,
en alas de un amor, fuego y albura,
juntos vamos del cielo á las regiones.

Como alumbra el rey blondo al firmamento,
rútilas chispas desparciendo amante,
con ígneos rayos, luminar gigante,
ilumina su amor mi pensamiento.

Como se agitan las cerúleas flores
del camalote que las aguas miman,
á los acordes que en mis besos riman
se estremece el querub de mis amores.

Como al tender su veste la alborada
sobre la tierra vaga la alegría,
se desparce el placer en la alma mia
al fulgor de los ojos de mi amada.

Como en los negros ámbitos del cielo
tiende la luna su cendal nevado
y, de las sombras descorriendo el velo,
tranquila riela en el azul soñado,

Ella tendióme de su amor el manto
y ora serena en mis delirios vaga,
es de mi vida el luminoso encanto,
mi siempre tierna y bendecida maga.

JUAN CÁRLOS MENENDEZ.

San José de Mayo, Abril 15 de 1898.

CAPRICE

Ahora que la lluvia con mon tonia exasperante se desgaja, y resplandecen los focos eléctricos, y no se escucha más que el cansado rodar de los coches y el rumor de las conversaciones indiferentes; ahora que la Sombra ha desarrollado su telón inmenso para dar principio á la trajedia de los espectros y los fantasmas, en este momento solemne, mi encantadora niña, te haré intimas revelaciones que, como luminosos colibries, aletearán en el paraiso de tu alma angelical.

Apoya la preciosa cabecita en mi pecho que ardoroso late; que tu sedosa cabellera me envuelva en sus raudales como una resplandeciente apoteósis apolínea; que tus ojos,--más límpidos y azules que las aguas del Rhin,--me reciten una balada que se exprese con la elocuencia de la luz, y que tus lábios intactos y harmoniosos, llenos de sávia y frescura de primavera, entonen para mi los salmos eucarísticos del amor, esa epopeya divina creada por Dios y recitada por los ángeles...

Escucha bien, amada: yo vengo de muy lejos y siéntome cansado y somnoliento. En mi camino se han deshojado muchas flores, se han helado muchas fuentes, se han entumecido muchas aves... Como un exhausto embajador boreal, yo arrastro la desolación y la tristeza. Tengo en mis delirios camelias, jazmines y nenúfares que la realidad convierte en efímeros copos de nieve.

Ah, señora. Yo soy un enviado del Invierno!

Empero, aún quedan en mis pupilas algunas deliciosas llamaradas; en mis lábios mústios las frescas flores de algunas sonrisas; en mi alma, que ha devastado la escarcha, las estrofas de oro de ese poema floreciente que se llama Juventud.

Por eso, ahora que la Noche ha desarrollado su telón inmenso y cae la lluvia y se ocultan las estrellas, tú desparramando sobre los helénicos hombros la cabellera de musa rhiniana, yo dando al ambiente las mariposas de mis rimas, y ambos unidos por los vínculos de algo ardiente y soberano, ascenderemos al mundo de los elegidos, contemplados por las hadas y envidiados de los ángeles.

ANTONIO EMILIO RODRIGUEZ.

Abril 16 de 1898.

AYER Y HOY

I

En breves dias de placer constante,
ella cerca de mi,
pudiéndola mirar á cada instante
con casto frenesí,

¡Cuántos misterios su alma me decia
con el lenguaje de sus tristes ojos,
y qué hermosos raudales de harmonia
brotaban en sus tímidos sonrojos!

Yo veia crecer á toda hora
la planta del amor:
la regaba su voz arrulladora,
más grata que el cantar del ruiseñor.

Me abrasaban ardientes desvaríos.
Mi mente era un volcán. ¡Febril ventura!
Sus hechizos, caudal de grandes rios,
aumentaban el mar de mi ternura.

Cuando un rayo de luz, por la mañana
señalaba el nacer de un nuevo dia,
dejaba pronto el lecho y mi ventana
de par en par con entusiasmo abria.

Los pájaros cantaban; y la esfera
vestíase de prismas rutilantes.
¡Ella estaba tan cerca! ¡Por doquiera
se escuchaba el triunfar de los amantes!

II

En largos dias de dolor constante,
¡ella lejos de aquí!
¡sin poderla mirar un solo instante
con hondo frenesí!...

¡Cuántos misterios en la mente mia
la agitan sin cesar,
llenando de fatal melancolía
estas horas de ausencia y de pesar!...

Ya no veo crecer como en otrora
la planta del amor:
¡no la riega su voz encantadora,
más grata que el trinar del ruiseñor!

Cuando un rayo de luz por la mañana
me anuncia el despertar de un nuevo dia,
con cortinas opacas mi ventana
torno violento en fúnebre y sombría.

Los pájaros no cantan; y la esfera
se viste de colores cenicientos.
¡Ella está lejos, lejos! ¡Por doquiera
se escuchan quejas sórdidas, lamentos!...

Montevideo, 16 de Abril de 1898.

VICENTE MAGALLANES.

EN EL HOGAR

Aquella noche el enfermito notaba cierto malestar inexplicable, precursor de un amodorramiento que debia dejarlo inerme por algunas horas, á causa de la incesante fatiga que oprimia su pecho enclenque, y de la fiebre que le consumia por momentos; á intérvalos llevaba ambas manos al cuello, como si sintiera algún obstáculo que le impidiera la respiración, y jadeante por aquella fatiga que le hacia silbar lúgubremente el pecho, volvia á caer en el mismo estado de postración, seca la lengua, los ojos en blanco, y haciendo esfuerzos desesperados para poder tragar la saliva espesa y azulada que á veces asomaba á sus lábios incoloros.

Rodeaban la camita de Manolo, sus padres —que afligidos por el mal que atormentaba al pequeñin no hacian otra cosa que fijar sus angustiados ojos en los del enfermito, y á cada síntoma alarmante que presentaba este, corrian por sus mejillas las lágrimas hilo á hilo—Aurelia, su tia materna, y una criada gallega, tan afecta al niño como su propia madre, según decia ella.

La pobre madre lamentábase de su desgracia, y llamaba en su auxilio á los santos de su devoción, á quienes hacia un sinnúmero de promesas, orando en voz baja, mientras el padre en su mudo pero no menos sublime dolor, contemplaba el lívido rostro de Manolo, que se confundia entre las blancas almohadas y cortinajes del lecho.

—¿Quién pensaría hace siete dias, murmuraba Aurelia con voz quejumbrosa, que habíamos de verlo en tal estado?—Y esta reminiscencia amargaba más aún aquellos terribles momentos para los padres, que, sin abandonar una última esperanza, preveian un fatal desenlace.

—Pobre Manolo! continuó Aurelia, dando rienda suelta á sus lágrimas, que pugnaban por salir de sus hinchados párpados; y en tanto que así desahogaba su dolor comprimido, por no haber querido aparecer débil, ó por animar con su valor á aquellos que sufrian más que ella, entregábase á sus recuerdos dulces y no lejanos.

Contemplaba á su hermana Célia, vestida

con el blanco traje de novia, coronada su sien de azahares, suelto el largo y transparente velo, rodeada de sus amigas que envidiaban su dicha, y á su cuñado todo de negro haciendo contraste con la desposada, inclinándose al recibir los cumplimientos de la concurrencia, que invadia los espaciosos salones iluminados «á giorno», y le parecia oir los acordes melodiosos de la orquesta que preludiaba un vals arrebatador.... Después vió todo sombras y luto, la muerte de sus padres, su desesperación, su soledad; más tarde, huérfana y triste, el dulce encanto de aquel chiquitin recien nacido, sobrino suyo, si, un chico que ella criaria y enseñaria á su modo, le pertenecia, era su primero y su único sobrino; ella le haria su ajuar para el dia del bautismo, ella le cuidaria, no necesitaba más nodriza ni más niñera, le bastaría toda su buena voluntad y un poco de paciencia; luego venia el dia de los óleos, Manolo cumplia once meses; largo ropón blanco de espumilla de seda le vestia, con una esclavina de blondas del mismo color que le llegaba hasta los piecesitos, una capota grande adornada con blondas y cintas cubria su cabecita que coronaban algunos rizos cortos y rubios, y todo aquello era hechura de ella, y todos la felicitaban por su habilidad y delicado gusto; después el cura le echaba el agua santa del bautismo y desde aquel momento el futuro ciudadano poseia el nombre de Manuel, que ella habia elegido entre todos los santos del calendario y que despojó de aquel para designarlo con otro más dulce y más cariñoso: Manolo.

Más tarde llegaron dias de infinita ventura, cuando Manolo empezó á caminar guiado por ella, y era de ver con qué alegria celebraba sus gracias; y todo hasta aquí no fué nada, si ha de compararse con la conversación del tunantuelo, que con el aire más endiablado del mundo pedia chiches y golosinas que ella nunca se atrevió á negar.

Y allá en su mente se reproducian casi textual las palabras del chico, que con voz melosa y con esa charla peculiar en las criaturas, sabia pedir tan bien las cosas.

—¿Ois Lola, yo quero un cabayo con hombe y todo, me lo vas á compar?

—Si, Manolo, todo cuanto tú quieras, pero dame un beso.

—Bueno, este es por el cabayo y este por el hombe; ahola dame un vinten.

Y ella accedia á su pedido, dándole el vinten solicitado y luego iba á la jugueteria en busca del caballo apetecido, el que era recibido con júbilo y pagado con mimos y besos, pero que al rato yacia olvidado entre los demás juguetes, antojándosele algún otro; entonces ella volvia al lugar donde guardaba sus ahorros, no tardando en satisfacer el nuevo capricho.

Pero lo que más la complacia era escuchar sus proyectos sobre el porvenir. Aquel chiquitin tenia una imaginación traviesa, y pensaba demasiado para sus pocos años—en los que desplegaba grandes cualidades de *vividor*.

—Mirá, Lala, la decia á veces después de reflexionar largo rato, cuando yo sea gande voy á tener un coche, como papá, y cabayos de deveras como papá...

—¿Y para qué quieres tú eso?

—Y muchos vintenes, continuaba él sin hacer caso de la interrupción de su tia, para compar, ¿sabes qué? pues cigarros, si, voy á fumar, como papá...

—Já! já! tú fumar? y no le tienes miedo al humo?

—Yo? contestaba él irguiéndose, queriéndoselas echar de hombrecito, yo no tendré miedo... como papá...

—Si, todo como tu padre... muy buena pieza es tu papá.

Y él quedaba distraido como si quisiera encontrar algo que hiciera su papá, y que él tuviera deseos de hacer.

—Mira, exclama de repente, sabes una cosa? y tendré novia también ..

—Já! já! já!

Y le abrazaba con efusión y le besaba con trasportes de delirio, al contemplarlo tan parlanchin, no pudiendo comprender cómo un niño de cinco años tuviera tales proyectos para el futuro.

El espíritu de imitación se revelaba de modo muy pronunciado en aquel chico, que, como todos los niños á su edad, poseen tal cualidad, aunque no en tan alto grado.

Y se convencia más y más, que nada puede hacerse ó decirse delante de uno de estos diablillos tan propensos á tomar ejemplo de cuanto viesen.

Y recordaba entonces la vida poco arreglada del padre, y las visitas que dos veces á la semana le hacia su novio, por lo que Manolo, no queriendo ser menos que ella, queria tener novia también...

Reyertas con él tenidas, recordaba que le hacian mucha gracia, dado el tema de la disputa.

—No te voy á querer más, decia él enojado y lagrimeando: voy á querer á Remedios (esta era la criada) porque tú prefieres á Eduardo.

—Miren el tonto! pensarse que lo voy á dejar á él por ese otro... que ni siquiera es mi novio!

AMÉRICO S. MANCEBO.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

(Concluirá).

CREPUSCULAR

El sol de hermosa tarde, magnífico, fulgente,
entre escarlata y oro se hundia en Occidente.
Yo y *ella* deslumbrados mirábamos el mar,
mirábamos las ondas que en su rodar tranquilo
sus lomos encrespaban, bordados por un hilo
de luz crepuscular.

No sé si un rayo de oro venido de lo lejos
ó un susurro muriente, que envuelto en mil reflejos
rozando en las entenas del barco, suspiró;
no sé si fué el gemido de un bardo moribundo,
ó el eco de una endecha, ó un beso vagabundo
que á nuestros piés murió;

Que al fin, rayo ó susurro, gemido, endecha ó [beso,
muriendo á nuestras plantas rompió nuestro em- [beleso,
y entónces nuestros ojos preñados de pasión,
dijéronme algo dulce que solo entiende el alma,
un algo que conmueve la eterna y dulce calma
del triste corazón!

La noche habia llegado y de ella rompiendo el velo
surgió la blanca luna y en el tranquilo cielo
lucieron las estrellas con fúlgido lucir...
Siguió su rumbo el barco dejando blancas huellas
y vimos en el cielo las pálidas estrellas
tranquilas sonreir...

EDMUNDO F. BIANCHI.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

EL PRIMER SUSTO

Imaginese el lector la cara que pondria el bonachón de Basiliso, cuando leyó los renglones de acabar de la cartita aquella, que asi decian:—«Adios, mi querido Basi. Ya es tarde y tengo sueño. Al entregarme esta noche en brazos de Morfeo pensaré en ti.»

El pobre muchacho, dependiente mandilero en una tienda de comestibles, sin más gramática que la parda ni más literatura que la indispensable para distinguir la categoria de los arroces y clasificar por su prosapia los vinagres, gengibieres y otros caldos, se puso pálido como un muerto, luego verde, después rojo, y por último veteado de los varios colores que forman la fisonomia de todo varón celoso de un sustituto, la sangre y la bilis combinadas.

—En los brazos de Morfeo!—exclamó Basiliso apretando los puños.—¡Y bien lucido papel el que me deja Juana en ese cuadro vivo! Vamos á ver: ella en los brazos de su Morfeo, y yo, muy quietecito, en mi casa; pero, eso si, muy presente en el pensamiento de Juana! Y después de todo, quién diablos es ese tal? Yo no le he conocido á Juana ningún novio con ese apellido. Morfeo... Morfeo... me suena á cosa asi como Murphy, el mozo irlandés con quien la vi una noche en el gallinero del teatro. Pero no puede ser; no, señor, no puede ser; por la sencilla razón de que ella me dice en su carta: «cuando esté en *los brazos*, etc.,» y el pobre Murphy es manco de uno de ellos. En ese caso Juana me hubiera dicho: «en *el brazo* de Morfeo, pensaré en ti.»

Y el infeliz enamorado se quedaba imaginando cómo podia ser aquello, y concluia por no entenderlo.

De repente, la centella de una idea atravesó el cerebro de Basiliso y lo iluminó como si le hubiesen encendido un farol de retreta en aquella cueva de negras cavilaciones. La idea consistia en que buscando en el Directorio, tenia por fuerza que encontrar alli el nombre de Morfeo y las señas de su domicilio. Basiliso se dió la palmada de Arquimedes sobre su frente divinizada por la ráfaga del génio, y abalanzándose sobre el Directorio lo fojeó apresuradamente, buscó y topó con la letra M., repasó los nombres todos que con esa inicial comenzaban; pero ...¡nada! No estaba registrado en el Directorio el apellido de su afortunado rival. Nadie se llamaba Morfeo en toda la ciudad. El nombre que encontró más parecido al que buscaba fué el de un tal Morbello; y tuvo que apechugar con él, exclamando:

—Ya te tengo, miserable! Verdad es que aqui dice Morbello, y que Juana no escribe sino Morfeo, Ah! ya caigo! Asi es ella; muy dada á los apodos cariñosos. A mi me llama unas veces Basi, otras me dice Basilisco, y estando alegre y pullosita llega hasta llamarme Bacillus, ó Microbio. Qué mucho, pues, que á este Mor-lindo ó Morbello, lo apode Mor-feo?

La cosa no dejaba duda. Basiliso asi lo creyó; y después de tomar nota de las señas del sujeto, se quitó el mandil, se alborotó el mostacho, aflojóse los tiros del pantalón, se metió en un periquete dentro del paletó, se pescoseó sobre la oreja el sombrero, y á trancos se fué derecho á donde le guiaba la venganza.

La casa donde debia encontrar al traidor que le robaba su novia, ostentaba un letrero sobre la puerta que decia:—*Alessandre Morbello, fabricante de fideos*, y allí penetró resueltamente Basiliso.

—El señor Morbello?—preguntó con ágria voz.

—*Servitore*,—contestó una especie de ogro enharinado, de cuya hirsuta barba colgaba algo que á Basiliso se le antojaron asquerosos gusanos amarillos, y que no eran sinó particulas de fideos. No habia para qué dudar. Aquel era seguramente el Morfeo de Juana, el Morfeo más feo que se pudiera imaginar.

—Caballero,—le dijo Basiliso, (ahora si, convertido de veras en Basilisco:)—Caballero, le prohibo á usted que deje reposar en sus brazos á mi novia. No se haga usted el sueco. Vea usted esta carta que le acusa.

Y sacando del bolsillo del pantalón el fementido billete de Juana, casi se lo restregó en los ojos al italiano.

El bruto aquél, que de tal no tenia sinó el aspecto, pues era de pasta más blanda que la de sus macarrones, contestó á la agresión con una carcajada, diciendo al desconcertado amante:

—Está usted celoso del señor Morfeo, no es eso.

—Celoso, dice usted? Endemoniado, resuelto á borrarle á usted esa estampa de Caifás

—Calma, calma sajona, amigo mio: *chi va piano va sano, e chi va sano va lontano*. Por lo pronto le advierto que yo no soy el sujeto á quien usted solicita con tan fieras intenciones.

—¿Lo conoce usted? ¡Contésteme pronto que me reviento!

—Claro está que si, lo conozco. Todo el que no sea un.... (perdóneme usted que iba á decir bruto) un distraido, sabe á que persona se le llama Morfeo.

—Pues mire usted. yo conozco á todos los feos de la ciudad, y lo que es á ese, ni le habia oido nombrar jamás.

—No se aflija, estimable jóven, por no dar en bola con quien es su rival Ahora que es usted nada más que novio, lo ignora porque no ha estudiado Mitologia; pero cuando se gradúe usted de marido, no por eso verá más claro, aunque se sepa usted de memoria la misma Enciclopedia.

NICANOR BOLET PERAZA.

Nueva York, Marzo 5 de 1898.

CANTOS DE LA TARDE

¿Más versos?... ¿Quién puede
la forma gallarda,
del tiempo pasado
del tiempo mejor
derramarla en la urna
de oro que guarda
el dulce perfume
del fé vido Amor?

¿No ves, mi querida?
El Otoño llega
tapiza el sendero
de hojas de jazmin.
Sereno atrrdece;
el viento doblega
las últimas hojas
en ramas de vid.

Que canten los otros,
los jóvenes ricos
de audacia y de vida,
de ardiente pasión.
Que canten las bocas,
que canten los picos,
las bellas, las aves,
al férvido Amor.

Mi canto es rugido.
De nuevas edades
yo llevo en mi Verbo
ardores de sol;
en haces que vibran
Ideal, Libertades,
que forjan los llantos
en su acre crisol.

Pasaron los dias
que tejí con rosas
y mirtos frondosos
mi hiblea canción.
Cantar ya no puedo
las rimas preciosas
vibrando en el arco
del férvido Amor.

Despliego un harapo
mi santa bandera
tejida en la aurora
del rojo confin;
cobija la raza
vencida que espera
sufriendo y luchando
el gran Porvenir!

No pidas, entonces,
que cante la lira
de temple de acero
la lilial canción.
De blanco de rosas,
de rojo de achirá,
tú, forja los ritmos
al férvido Amor.

Mi canto es combate.
Yo canto al obrero
esclavo moderno...
canto á la mujer...
Me dan sus desgracias
el tono más bravo
que nunca ha tenido
el canto al placer.

Yo canto al arado,
en el yunque vibro,
se agita en mi alma
mi ideal, Libertad.
Fusil no traspasa
los muros del libro,
el Oro infecundo
las dichas no dá.

Dulzura á los otros,
los jóvenes ricos
de audacia y de vida,
de ardiente pasión,
que canten las bocas,
que canten los picos,
las bellas, las aves,
al férvido Amor!

FRANCISCO C. ARATTA.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

19 DE ABRIL

Hé aqui una de las fechas más gloriosas que en nuestra historia pátria se registran; fecha que nos recuerda que debido á aquellos 33 patricios ilustres, formamos parte entre las naciones libres y constituidas.

Y aún hoy, después de 72 años de guerras internacionales y civiles en que se derramó tanta sangre generosa, unas veces en defensa de los sagrados ideales, cuya custodia fiel nos ha confiado la patria, y otras en lucha fratricida defendiendo menguadas ambiciones; de notables cambios en el organismo de nuestra vida institucional, de buenos y malos gobiernos, de violaciones á nuestras leyes más fundamentales, resuena en el ambiente saturado de rencores, el grito de libertad ó muerte que lanzaron á la faz del mundo 33 hombres de valor estóico, de temple fundido en el crisol más puro del patriotismo, en las históricas playas de la Agraciada.

Aún vibran en el aire las voces de aquellas grandes figuras; aún se reconstruye en la mente de todo ciudadano, al llegar esta memorable fecha, el cuadro del desembarco de aquellos heróicos orientales que nos dieron pátria libre, y vemos dibujado en sus tostados rostros el valor y el entusiasmo que en aquellos sublimes momentos les inspiraba su grandiosa empresa, y vemos también á Lavalleja en actitud gallarda é imponente empuñando con vigor la gloriosa enseña que habia de flamear triunfante pocos dias después en los campos de Dolores; y desfilan por nuestra mente, y ante nuestra vista trasladada á través de los años y de la distancia al histórico Arenal, Oribe y Zufriateguy, Freire y Spikerman, y la falange de inmortales criollos que con su jefe, el intrépido Lavalleja, á su frente, carabina á la espalda y sable en mano, cinco meses después ponian en fuga á las tropas imperiales en los históricos campos de Sarandi.

Fecha de imperecederos recuerdos la que hoy evoco. Dia en que la pátria, gracias al esfuerzo grandioso de sus nobles hijos, vislumbró en el horizonte sombrio la luz de libertad que después habia de iluminarlo por completo.

Los orientales todos debemos perpetuar la memoria de aquellos que nos dieron pátria, ofreciendo en holocausto de ella sus generosas vidas, y debemos aunar ahóra y siempre nuestras fuerzas, para hacer que se respeten las leyes y los derechos que nos legaron.

Y los orientales, al recordar esta fecha se lamentarán sin duda, que en la pátria en que nació un Artigas y que después dió patriotas del temple de Lavalleja y demás compañeros, no se haya aún, después de tantos años de paz, erigido en honor de aquellos héroes legendarios un monumento que honre y recuerde á las futuras generaciones que deben venerar y bendecir á aquellos que con su titánico esfuerzo y con su generosa sangre nos dieron pátria.

Ahora que la libertad es un hecho, ahora que la Constitución es respetada y acatada por todos, ahora, en fin, que tiene ciudadanos que llegado el caso serian soldados que sabrian hacerla inviolable, deben los gobiernos preocuparse de la erección de monumentos que honren á Artigas, el fundador de nuestra nacionalidad, á Lavalleja el jefe digno de la heróica cruzada, y en una palabra que haga imborrable á través del tiempo el recuerdo de todos aquellos que supieron darnos leyes y arrojar del fértil suelo de la pátria á los invasores extranjeros.

¡Gloria eterna á los 33 orientales y á todos los patriotas de la independencia que brindaron solicitos sus vidas para salvar la dignidad y el decoro nacional ultrajado y violado por extranjeras gentes!

EDUARDO LOPEZ LABANDERA.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

RECUERDO TRISTE

En la muerte de mi amigo José Manuel Mallo.

Allí estaba esa victima inocente
inmolada en la aurora de la vida,
dejando, como herencia, en su caida
la estela de virtud más esplendente.

Allí estaba. . ¡Cuán triste es á la mente
no poderlo olvidar! Nunca se olvida
la sangre derramada de la herida
de un corazón que lo sublime siente.

Allí en su derredor todo imponia,
ambiente de dolor se respiraba
y este cuadro de pena se veia:

El Destino, su triunfo festejaba,
la Muerte, satisfecha, sonreia,
y la Amistad, doliente, sollozaba!

RAUL FLESOIR.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

Viejos lábios y jóvenes besos

Traducido del francés para "Vida Montevideana"

Viejo, triste, cubierto de sórdidos harapos, un pobre hombre mendigaba sentado á la orilla de un gran camino.

Uno pasó que era muy rico, seguido de criados pasamaneados de brocados.

—Una caridad si os place. En un tiempo tenia cofres llenos de monedas y pedrerias. Hoy no tengo un cuarto en mi alforja, dadme una limosna.

El rico pasajero, enternecido, dió una moneda á aquel hombre.

—Gracias, rico señor. Con esta moneda de oro pensaré en la opulencia de otros tiempos y me devolveréis la ilusión de riquezas desaparecidas.

Un soldado de vistoso uniforme pasó por la ruta, seguido de una escolta que tocaba en heroicas trompetas; llevaba en su mano derecha ramos de laurel que se estremecian gloriosamente en el aire.

—Una caridad si os place. En un tiempo fui un altivo vencedor rodeado de un tumulto de aclamaciones, y la magia de los triunfos agitaba sobre mi frente sus banderas.

El glorioso pasajero, enternecido, dió una hoja de laurel á aquel pobre hombre.

—Gracias, ilustre señor. Con esta hoja de laurel soñaré en las victorias de otros dias. me devolveréis la ilusión de las batallas olvidadas.

Una enamorada pasó, de dieciseis años, con su enamorado. El mendigo balbuceó moviendo la cabeza:

—En un tiempo yo era amado por mujeres jóvenes y hermosas, blondas como vos, cuyos labios eran tan frescos como los vuestros. Ahora viejo, feo, no conozco el perfume del beso, que se posa como un insecto convertido en flor.

El mendigo no pidió limosna.

—Con permiso de mi novio, dijo ella al mendigo, daré á vuestra boca triste, la limosna de un joven beso.

Y el enamorado con misericordia:

—Lo permito, exclamó.

Pero el mendigo repuso:

—Nó, nó. Nada quiero de tus labios bella pasajera. Una moneda de oro y una hoja de laurel pueden hacer que renazca la ilusión de las opulencias y de las victorias. Pero un beso joven sobre labios viejos no devuelve el amor. Los corazones extinguidos son muertos que no resucitan Partid, partid pronto, niños enamorados. Que no oiga vuestras voces y vuestras risas, porqué lo más cruel para un difunto adormecido bajo el césped marchito, es el arrullo de las palomas en el ciprés de su sepultura.

CATULLE MENDES.

ESFUMOS

PARA MI HERMANA MERCEDES.

¡Qué hermosa está la mañana!
celajes de perla y grana
bordan el azul confin;
y van fingiendo las nubes
ramilletes de querubes
en búcaros de jazmin.

La brisa, amorosa y queda,
jugueteando en la arboleda
produce ténue rumor;
y se cuentan sus pesares
silfos, nereidas y mares,
la alondra y el ruiseñor.

Canta ufano el pajarillo,
y se columpia el tomillo,
verde, flexible y gentil;
y el arroyuelo se queja,
y, sollozando, se aleja
entre encajes de marfil.

La abeja murmuradora,
que ámbar y miel atesora
en artístico panal,
desata en giros su vuelo,
y luce en su terciopelo
la miniatura oriental.

Inquieta, la mariposa
ostenta manto de rosa
que simula el arrebol;
y la inmensidad dormida
se despierta estremecida
al igneo beso del sol.

El cielo es un panorama
que en paisajes se derrama
con lujo deslumbrador;
y es un himno el Universo...
cada miraje es un verso,
y una estrofa cada flor.

WERTHER.

Montevideo, Abril 16 de 1898.

SANTIAGO BARCO

(CONTINUACIÓN)

—Pero, compréndelo bien; no es una conmutación de pena la que te ofrezco; no es el cambio de la muerte brusca del fusilamiento por la muerte gradual del presidio: es la existencia libre. Te proporcionaré, si quieres, los medios de pasar al extranjero de atender convenientemente á tus necesidades y de emplear de un modo conveniente y útil la existencia que apenas comienzas

—Compréndame usted á su vez y no insista :no quiero el indulto. Perdonado, me veria obligado á suicidarme. El fraile me lo ha explicado bien; el asesinato se rescata por la penitencia: el suicidio no se puede purgar, es el castigo. Prefiero mi salvación eterna.

—El fraile ha debido demostrarte que en tu caso el rechazar la vida es una especie de muerte voluntaria. Piénsalo bien.

Los músculos del rostro del adolescente se estremecieron; cerró los ojos á medias para reflexionar mejor. Fué cosa de un minuto.

—¡No! no! el padre me lo ha explicado bien; sufrir es obrar. Estoy tranquilo.

—Firma, te digo, por sentimiento cristiano. No quiero, por pequeña parte que tenga en esto, aun sin ser más que la ocasión involuntaria de la falta que ha hecho condenar, no quiero tener tu muerte sobre mi conciencia

—Ah! dijo Santiago hundiendo una mirada penetrante en los ojos del coronel; esas palabras me revelan que usted no ignora la causa por qué habia querido vengarme de usted. Ya que ha sobrevivido usted, no me disgusta que tenga usted mi muerte sobre su conciencia; yo no temia cargar la mia con la muerte de usted.

Don Enrique se sentia dominado por aquel niño de posición tan humilde. En su espíritu, un caos de ideas le dejó confundido por un momento. Su orgullo se indignaba y gozaba á la vez. Aquel muchacho, sin grado ninguno, le tenia casi suplicante, á él, al marqués de Arnedo; pero ¿de dónde habia sacado fiereza tan altanera y tan soberbio desprecio de la vida y de la muerte? De la sangre misma de Arnedo: era su hijo.

Y de golpe repasó en su memoria los documentos de la hoja de servicios del reo; los informes recogidos respecto al culpable eran todos favorables y excelentes; ni un dia de su corta existencia que no revelara una alma buena y franca, un carácter excepcionalmente digno y fuerte; y ese hijo suyo, la pura flor de la sangre de su raza, engendrado en la hora más hermosa de su vigor físico é intelectual, en el seno de una mujer noble por el espíritu, por el corazón, por el origen; y ese producto superior del alma tierna y del hermoso cuerpo de Jimena de Somosierra, del alma fogosa y de la sangre ardorosa de Enrique de Arnedo, iba á quedar aniquilado dentro de veinticuatro horas.

Un disoluto no se conmueve mucho al pensar que en la tierra vagan hijos, cuyo nacimiento desgraciado le es imputable y cuya suerte azarosa es su obra condenable. Pero si ante sus ojos se manifiesta real, cierto, vivo y ya marcado por una muerte trágica al ser nacido de la más querida de sus pasiones de antaño, para creer que pueda permanecer impasible, hay que suponerlo desprovisto de todo sentimiento de humanidad.

El coronel marqués de Arnedo sintió estremecerse sus entrañas en presencia de aquel Santiago tan poco vulgar. Ya no podia hablar ni retirarse.

El otro, cansado de aquella visita importuna, le llamó á la realidad diciéndole en tono apacible, pero en el cual se traslucia el esfuerzo que hacia sobre el mismo para conservar la tranquilidad aparente.

—¿Qué más? Si V. ha considerado como un deber venir á inquietarme en mi prisión, ya lo ha cumplido. Sabe V. bien que su rostro no puede serme agradable. Haga V. el favor de retirarse; necesito no verle más, para ser capaz de perdonar á V., y me importa que le perdone para ser recibido en el seno de Dios

—¡Yo quisiera salvarte! repitió don Enrique.

—Pero ¿que interés le impulsa á V. para sustraerme á la suerte que he merecido? preguntó Santiago con impaciencia.

—La compasión por la juventud, la conmiseración por el sufrimiento que confiesas...

Y como Santiago levantara la frente, dando á entender que recibia como una injuria esa compasión y esa conmiseración, el coronel, muy atento á no mortificarle con objeto de convencerle, añadió en tono más sincero:

—Y el aprecio por la osadia.... la franqueza y la constancia de tu carácter.... Créeme, firma el recurso de gracia.

—¡Jamás!

—¿Y si te lo suplicara tu padre?

—¡No debo nada á mi padre!

Fué dicho esto con aspereza significativa: ¡qué amarga imprecación en esta breve réplica!

—Sé, replicó suavemente el coronel, que uno de tus sufrimientos es no conocer...

—Solo tengo un sufrimiento, interrumpió vivamente Santiago, é ignoro á cuál alude usted. Más vale no ser hijo de nadie que ser hijo de la infamia. Estoy más orgulloso de mi origen desconocido, que no permite á nadie negarme la sangre más noble; si se descubriera en el mundo el secreto de mi nacimiento y el nombre de mi padre, entonces quizás tendria que ruborizarme, coronel marqués de Arnedo.

Estas palabras fueron proferidas con exaltación tan extraña, que don Enrique palideció y sintió el temor de que Santiago estuviera informado de la verdad, y que su atentado hubiera tomado la agravación de un parricidio premeditado.

PONTSEVREZ.

(Continuará)

Establecimiento Gráfico á vapor, calle Convención 82